

Resumen.

El siguiente artículo es una invitación a tomar la iniciativa como docentes frente a la crisis de la escuela, y buscar nuevas estrategias didácticas para transformar la sociedad. Para ello, se hará la diferencia entre educación escolarizada y los procesos educativos que se encuentran fuera de ella, vislumbrando los desafíos que tenemos los y las docentes en un mundo cambiante al interior de una institución conservadora como la escuela. Educar para el cambio, ¿cómo? Dejando entrar el *caos* al interior de nuestro quehacer docente.

Palabras claves: *didáctica transformadora, caos, creatividad, educación, escolarización.*

Abstract

The present article is an invitation to take the initiative as teachers against the school crisis and look for new didactic strategies to transform society. To this end, the difference will be made between school education and the process found out of it, becoming clear the challenges that we, the teachers, have in a changing world inside a conservative institution as school is. Educate for the change, how? Letting chaos to come into our teaching work.

Keywords: *transformig didactic, chaos, creativity, education, schooling.*

Introducción.

“Cambia el modo de pensar, cambia todo en este mundo”, así reza el canto de la argentina Mercedes Sosa. Somos constantes testigos de las transformaciones del mundo, los nuevos descubrimientos en las ciencias y los consecuentes avances tecnológicos. Sin embargo, la educación y, sobre todo, la escuela parecen no cambiar. Es como si la escuela siguiera encerrada en una burbuja resistente al cambio, impermeable a los nuevos tiempos y a las nuevas teorías educativas.

Esta resistencia de la escuela ha permeado las posibilidades de ver el mundo en su totalidad, reproduciendo la disyunción del conocimiento de la vida real, simplificándola y estudiándola en pequeñas partes (asignaturas) con terminologías propias, diferenciadas y sin mayores interferencias entre ellas. La escuela pareciera ser un corpus resistente que oculta su verdadera alma prima, su espiritualidad, imposibilitando su reencarnación, sosteniendo en el tiempo el pensamiento hegemónico que la inspiró en sus orígenes: *el positivismo científico*.

Bajo la mirada con la que se crearon las primeras instituciones educativas, la vida no cabe en la escuela. Para la escuela es imposible comprender las contradicciones existentes en la realidad, ya que existe un elemento que se escapa de su razonamiento lógico lineal (aristotélico), esto es el desorden, o en otras palabras, el caos.

El universo, como ha sido demostrado por la Física, tiende al desorden, mientras que la escuela insiste en el orden. Esta contradicción podemos verla, día a día, en la praxis de la docencia, cuando, al momento de preparar la clase, el mundo que pareciera gigante debe ser reducido para que quepa en la escuela. Pero ¿qué hacemos en ese momento? Al parecer, la frustración camina triunfante por los pasillos de las instituciones escolares, cubriéndonos bajo el abrigo de nuestras disciplinas, cerrando las puertas de los departamentos escolares, reproduciendo de esta manera la educación, reduciendo la realidad a lo que nuestras anteojeras academizantes nos posibilitan ver.

La vida está llena de relaciones probables y complejas. Mientras que la escuela intenta dibujarla en un mapa, ordenarla, simplificarla con el fin de poder facilitar la tarea de su estudio y comprensión. ¿No será hora de hacer el esfuerzo para comenzar a comprender la vida en su complejidad y en sus contradicciones?, ¿aprender en la incertidumbre de las relaciones probables que se generan en la cotidianidad? En el siguiente trabajo, no se intentará buscar la realización de una pedagogía nueva,

ni se pretenderá “descubrir la pólvora”, solo aportar al debate sobre la necesidad de considerar al docente dentro de su rol político transformador, por lo cual es una invitación para reflexionar sobre nuestras prácticas pedagógicas, tomando posicionamientos teóricos para implementar una didáctica transformadora. Invita, en esta línea, a considerar la dialéctica orden/desorden en la enseñanza, a comprender de esta manera a la escuela como un espacio creador de saberes, no solo de transmisión de éstos, y por lo tanto, como un espacio de transformación constante. Así mismo, este ensayo invita a reflexionar sobre la educación como un sistema abierto, por lo que la dialéctica entre sujetos (educandos y educadores) y medio ambiente (contexto) es un principio que guía el quehacer docente, así como las relaciones probables que de ella se generan. En definitiva, este trabajo es una invitación para reflexionar sobre la idea del caos al interior de la praxis docente.

Hacia un entendimiento común sobre el Caos.

Existen diferentes concepciones en torno al concepto *caos*, posiblemente, debido a la separación existen entre “las ciencias de la naturaleza” y las “ciencias humanas” y, a su vez, de las subdivisiones existentes dentro de ambas ramas. El avance de las ciencias, a través de nuevos descubrimientos y nuevos saberes, ha llevado a la separación de éstas, y al surgimiento de distintas especialidades, simplificando de esta manera el mundo, al separar la realidad en diversos campos de estudios. Así, un nuevo descubrimiento en biología, no necesariamente afectará al campo de la física, y menos aún al campo de la historia, por ejemplo (Morin, 2007).

Posiblemente debido a la disyunción de las ciencias, la palabra caos, para quienes estamos más cercanos a las ciencias sociales y humanas, nos evoca recuerdos sobre un desorden descontrolado, imposible de entender, sin sentidos aparentes. Sin embargo, para aquellos que estén más cercanos a los estudios de las ciencias naturales, especialmente quienes provienen de la Física, encontrarán un sentido especial a esta palabra. La segunda ley de la termodinámica plantea que los cuerpos tienden a la *entropía*, es decir, hacia el caos. La vida en sí misma, está llena de contradicciones, de procesos no lineales que constituyen la realidad y que podemos observar en nuestra cotidianidad.

El desorden, por años, ha sido relegado por la inquisición del orden. La ideología hegemónica ha llevado el caos hacia una connotación negativa. El orden no tiene espacio para el azar. Y la escuela

es el mejor escenario para reprimir el azar y el desorden. El caos, el desorden, implica incertidumbre, incapacidad de predicción, mientras que el mundo se rige por el control y la capacidad de predicción.

Por ello, para la ideología hegemónica, la escuela debe buscar técnicas para aumentar la eficiencia, disminuyendo los costos y aumentando la producción de nuevos “ciudadanos”. Busca, como es común al interior del pensamiento positivista, leyes generales que permitan generar los mismos resultados en todos los escenarios posibles. Es decir, la escuela es una *sistema cerrado* (Morin, 2007), en que el ambiente o contexto no ejerce ninguna relación con el o los sujetos al interior de ella, por esto, es que se pueden realizar pruebas estandarizadas y se pueden esperar impactos sorprendentes, al utilizar herramientas que han funcionado con éxito en contextos escolares con “buenos” resultados.

La vida en sí misma tiende al caos, al desorden. La vida real está llena de entramados interdependientes, de multicausalidad. Existen muchos ejemplos, en la vida, en que la razón y el pensamiento lógico lineal no sirven para explicar los hechos reales. Así mismo, el principio de entropía plantea que solo son reversibles los hechos en sistemas cerrados, es decir, en contextos en los que se pueden controlar todas las variables que entran en interacción. La realidad, y los fenómenos naturales y sociales, por mucho que se intente, no son controlables. Entonces, si en principio la vida se vale del desorden, del caos, ¿por qué no llevar este mismo principio a la escuela? El caos, como orientador pedagógico, pasa a ser un proceso creativo, que requiere de un posicionamiento didáctico:

Partiendo de que no podemos enseñar la creatividad de manera directa sino que se propicia... El docente tiene como labor tolerar la posible incertidumbre y desarrollar la capacidad de improvisar. El docente tiene que favorecer en el alumnado la tolerancia a la incertidumbre dándole más espacio en el aula para pensar sobre una situación problemática.

Pero ¿qué es improvisar? La improvisación no puede interpretarse como “hacer lo que se quiera”. Para desarrollar el pensamiento, improvisar se asemeja a resolver e investigar en nuevos caminos analizando el ambiente y sus condicionantes que nos rodean. (Miralles Llorens, 2014, p.258)

Considerar el caos dentro de la praxis educativa conlleva, por lo anterior, una mirada y una propuesta política, la de subvertir la escuela. Significa dejar de pensar que los procesos educativos

pueden ser predecibles y, por ello, buscar nuevas formas evaluativas, escapando del paradigma estandarizante. Significa, en pocas palabras, entender la educación como un proceso creativo, constructor de saberes, como un diálogo entre los distintos elementos que interactúan en este proceso, como un espacio en que los saberes tienden a expandirse, como un lugar de descubrimiento. La escuela pasa de ser un lugar en que se transmiten saberes a uno en el que se construyen saberes.

La educación como un *sistema abierto*.

Primero, hay que hacer una diferenciación clara sobre lo que entendemos por educación y escuela. Es necesario realizar esta distinción debido a que se suele, en el común de los docentes y académicos, confundir los problemas que actualmente tiene la educación con los problemas específicos de la escuela. En este sentido se tiende a pensar que educación es equiparable a escuela, por lo tanto los problemas existentes en la educación serían posibles de solucionar desde las reformas a las instituciones escolares.

Aquí, entenderemos la educación como la praxis que surge desde la reflexión y la acción que realizan los sujetos sobre el mundo que los rodea para poder transformarlo (Freire, 1971). Es decir, la educación es la forma en que los sujetos son capaces de conocer el mundo, su entramado social, biológico, etc. En resumidas palabras, la educación, podríamos decir, es el proceso en que los sujetos conocen el mundo. Sin embargo, todos conocemos el mundo de una forma distinta, y lo hacemos en tiempos y espacios distintos. Diversos autores, entre ellos Carlos Calvo (2014), plantean que los sujetos siempre están propensos a conocer, a aprender, pero no necesariamente al interior de la escuela. Para este mismo autor, la educación ocurre a lo largo de la vida, y no se puede reducir tan solo a la escuela. Calvo diferencia los procesos educativos, que se dan en las instituciones escolarizadas, de la educación que se da en la vida misma. Los primeros pueden ser *formales e informales*, es decir pueden o no ser reconocidos, sin embargo, ambos comparten una lógica cartesiana. A los procesos educativos que se dan en la vida los denomina *educación informal*, refiriéndose a la educación que ocurre fuera de las instituciones educativas. Su lógica, a diferencia de la que se manifiesta en las instituciones escolarizadas, se convierte en los resultados probables de las diversas interacciones que suceden en la vida.

Por otra parte, el rol que tiene la escuela es un rol social, que ha sido otorgado por los diversos sistemas e ideologías hegemónicas para controlar y dominar a los distintos grupos y clases sociales. La escuela, en tanto tal, es una invención occidental del siglo XIX, surge como solución a los nuevos desafíos que planteaban la conformación de los estados modernos: la necesidad de formar ciudadanos, y mano de obra, funcionales a las nuevas demandas, tanto del capital como de los nacionalismos. En este sentido, los sistemas educativos surgen en el mundo y, especialmente, en Latinoamérica, no como una necesidad de liberar a alguien, por el contrario, emergen como una necesidad de orden político-económico, por una necesidad de dominación (Quintar, 2008). Por otra parte Vasconi - siguiendo a Bourdieu - plantea que la educación [en la escuela] es “resultado de la praxis de actores humanos en situación, acción que se relaciona con la transmisión cultural, la información, el aprendizaje de roles, etc.; esto con los procesos genéricamente denominados socialización – o endoculturización – y selección” (Vasconi, 1967). Además, según Bourdieu, la educación, en tanto sistema, más que una simple transmisión de saberes entre sujetos, “define también itinerarios, esto es, el sentido primero de los métodos o programas de pensamiento. Los esquemas intelectuales y lingüísticos organizan un espacio balizado, sembrado de sentidos obligatorios y de sentidos prohibidos, de avenidas y callejones sin salida”. Es así, que “podríamos aceptar sin duda, al menos como primera aproximación, que el sistema educativo funciona como un instrumento de **control social**” (Vasconi, 1967).

Por ende, la educación va tomando forma, cuerpo y sentido a medida que la sociedad se va desarrollando y necesitando de mecanismos de transmisión de la cultura hegemónica dominante. En este proceso, la educación se va institucionalizando y, lentamente, generando diversas estructuras de acuerdo a los tiempos hasta llegar, próximos al siglo XIX, a la materialización de la Escuela como la *institución* educativa por excelencia.

La escuela, se asemejaría en este sentido a una lectura de la “realidad” en la que se pueden controlar las distintas variables, es decir, al menos en apariencia, la escuela sería, o intentaría ser, un *sistema cerrado*. Mientras que la educación, como tal, al ser la relación entre los sujetos y el mundo, se puede concebir como un *sistema abierto* (Morin, 2007).

Pero ¿qué es un sistema cerrado y uno abierto? ¿Cuáles son sus diferencias? Primero, para entender de mejor manera estos conceptos, debemos hacer alusión a la teoría de sistemas, en la cual todo

puede ser entendido como un sistema, es decir, “como una asociación combinatoria de elementos diferentes” (Morin, 2007, p. 41). En este mismo sentido, se habla de un *sistema cerrado* cuando es posible controlar, como lo hemos dicho, todos los elementos que participan en las interacciones del proceso a estudiar, y estos elementos se encuentran en un cierto equilibrio. Por ello, la escuela se asemejaría a un sistema cerrado en el cual, mediante diversas herramientas, se podría controlar todo el proceso educativo. En ella, el ambiente -el contexto- no interviene, por lo cual se pueden predecir los resultados y, en consecuencia, es posible estandarizar los procesos educativos.

Por otra parte, entender la educación, y la escuela, como un sistema abierto significa contemplar la realidad en su complejidad. Por lo tanto, comprender la realidad compleja es ver la realidad como un todo y sus partes y viceversa (Morin, 2007), pasando a tomar sentido y protagonismo tanto los sujetos como el ambiente-contexto que rodea a éstos. Bajo esta mirada, ningún proceso educativo es igual a otro.

Se instala aquí el principio de la incertidumbre, de las relaciones probables, del azar, en síntesis, “del caos” como un elemento a considerar en tanto orientador de la didáctica.

En este sentido, el abismo entre educación y escuela genera constantes crisis. La escuela pensada para una época específica no logra acomodarse a los nuevos tiempos. Las cercas que encierran las instituciones escolares son las membranas impermeables que incrementan el abandono de la realidad por parte de la escuela¹. Este divorcio, explicaría la falta de sentidos que hoy tiene para la juventud.

[El caos como orientado pedagógico. Aportes para subvertir la escuela desde la praxis.](#)

La educación escolar pasa por una crisis sistémica, la inserción de las nociones económicas y la estandarización de las evaluaciones, entre otras, han ido consolidando las lógicas cartesianas en desmedro de la creatividad. Mientras más se avanza en las políticas públicas en educación, la escuela se vuelve más impermeable a los cambios, apartándose más aún de la realidad. Los docentes, en este sentido, se vuelven un mero transmisor de contenidos y saberes, que no apuntan

¹Asignaturismo, las evaluaciones estandarizadas, las condiciones laborales de los docentes, entre otras.

a la transformación, sino, por el contrario, al acomodamiento de los estudiantes al mundo de los adultos.

Nos dicen que estamos viviendo un cambio de era (Hobsbawm 1994) y una era de cambio vertiginoso en todos los órdenes. “Adaptarse al cambio” es la consigna para la educación del modelo liberal predominante. En estos tiempos, se le pide a la educación preparar a las nuevas generaciones ya no para transformar su realidad, sino para acomodarse a ella. Pero adaptarse al cambio en el mundo actual significa aceptar la realidad masiva de injusticia y desigualdad como precio de la “globalización”. Hoy más que nunca la educación debe recuperar su potencial transformador y preparar a las personas y a las comunidades para anticipar el cambio, controlarlo y orientarlo hacia la construcción de otro mundo posible en el que prevalezcan la justicia, la dignidad, la democracia y la paz. En este sentido, a los cuatro pilares para la educación del futuro propuestos por la Comisión Delors (1996) –aprender a ser, a conocer, a hacer, y a convivir con otros– habría que agregar un quinto pilar: aprender a cambiar. (Torres, 2005, p.104)

En este sentido, el abismo, entre las generaciones de los sujetos que interactúan en los procesos de aprendizajes, se vuelve cada vez mayor. Los dinamismos de los y las estudiantes no parecen ser comprendidos por los ojos adulto-céntricos de sus profesores. Las lógicas cartesianas, por las que han sido formados los profesionales de la educación, son transmitidas sin ninguna reflexión aparente. El cartesianismo es el heredero de lo que fue el avance y perfeccionamiento de las ciencias, por ello, la escuela se ha convertido en la institución represiva del desorden, de la creatividad, y más aún, del azar. Estos sofismas, respecto al accionar de las ciencias, pasan por alto los hechos que han posibilitado los descubrimientos que se han desarrollado al interior de estas. Ejemplo de ellos han sido el descubrimiento de la vacuna, el teflón, la aspirina, entre otros, posibilitados por el azar, o *serendipias* (Lopez, 1999).

Sin embargo, el azar no tendría sentido sin un sujeto que se lo dé. Por ello deriva la necesidad de los y las docentes en contemplar el azar, el contexto, el desorden, es decir, el caos al interior de sus prácticas educativas. La educación, si bien es el proceso en el que conocemos la cultura, también es la forma en que construimos un mundo nuevo en la medida que nos vamos empoderando de

nuestro mundo (Freire, 1971). La invitación, entonces, es a concebir los procesos educativos como se presentan en la vida real, es decir, de forma caótica y sistémica.

Hoy, no podemos negar que la escuela ha comprendido, debido a la influencia del capital, que debe abrirse y buscar la innovación. Sin embargo, la innovación está guiada por la búsqueda de recompensas, lo que interfiere en los procesos creativos. La necesidad, casi obligada de innovar, ha sido otorgada solo a un sujeto dentro del proceso educativo: el docente, quedando los educandos rezagados solamente a un rol pasivo dentro de la innovación. En este mismo sentido, la escuela no deja de ser un espacio convergente que cohibe la divergencia, el caos.

El caos, bajo esta mirada, se presenta como un proceso sistémico divergente que se escapa de las metodologías cartesianas. El caos precede a la creatividad y, es por ello, necesario concebirlo al interior de los procesos educativos, tanto dentro como fuera de la escuela.

La creatividad, bajo la mirada que queremos plantear, es una respuesta a los desafíos impuestos sin restringirse a la búsqueda de una sola respuesta válida. Es decir, la creatividad es el resultado de la divergencia con que los sujetos responden a una problemática específica, ésta no se mueve en un plano único, sino en planos múltiples y simultáneos (Lopez, 1999).

Entender, por ende, la educación como un sistema abierto y creativo, invita a replantear la práctica docente. Tener el caos como orientador pedagógico, implica considerar, y generar, el ambiente propicio para que se desarrollen los procesos educativos. En este sentido, el docente debe buscar promover las tensiones más que el relajamiento, la insatisfacción con los contenidos más que el conformismo, el movimiento en vez de la estática, y sobre todo, privilegiar la pregunta por sobre la indiferencia.

Considerar el caos es, a la vez, una invitación a reconocer la historicidad de los sujetos e invitar a estos mismos a que tomen conciencia de los procesos complejos que rodean su vida, y escapar de las lógicas del poder que los grupos dominante imponen (Zemelman, 2006). En resumidas cuentas, considerar el caos como orientador pedagógico es enseñar en y para la realidad de los sujetos (educandos y educadores), teniendo en cuenta la diversidad de cada uno de ellos y las realidades que los rodean.

Por esto, el o la docente toma un rol motivador, en el sentido que tensiona a los y las estudiantes en la búsqueda de respuestas divergentes ante una pregunta problematizadora. Para ello, es necesario buscar niveles de simetría al relacionarse con los estudiantes, para que ellos se sientan en un contexto ameno y proclive para el caos. Tensionar el proceso creativo es invitar a que el caos entre a la sala de clases, es esfumar la planificación formal para que el curso de la incertidumbre ilumine el proceso educativo, al igual como la duda guía el proceso de aprendizaje en la vida.

Enseñar a aprender y aprender a enseñar, en la cotidianidad, en la vida, es el esfuerzo que debe hacer la escuela, y más aún los profesores. Considerar el caos dentro del aula es a la vez centrar el proceso educativo en la interacción de saberes, más que en el traspaso de contenidos, entonces, es dar cabida a la incertidumbre del proceso educativo. El paradigma actual, cartesiano, lógico y causal nos ha llevado a negar el error dentro de los procesos educativos. En este sentido, errar significa castigo y frustración. El caos invita a elaborar una didáctica que considere el error como positivo, trabajar la frustración para que ésta no se convierta en impedimento de seguir escurriendo entre la ansiedad por descubrir la o las salidas al laberinto de un problema complejizado y las simples respuestas ya dadas.

Todo esto invita, una vez más, a repensar la práctica docente, y a repensar la escuela. Si bien para transformar la educación institucionalizada, como decía Freire, hay que transformar la sociedad entera, por lo que no basta con reformas pequeñas, debemos empezar a reflexionar nuestro quehacer como docentes, tanto dentro como fuera del aula. Así mismo Zemelman, nos recuerda que:

El poder no necesita legitimarse a través de ningún tipo de aparato, ni siquiera por medio de la prensa, le basta sólo un mecanismo, al cual recurre constantemente: ocultar realidades. Basta ese acto porque al ocultar realidades y mostrar sólo algunas se produce el fenómeno natural de que las personas se adscriben a aquello que ven, a aquello que se ha permitido mostrar. Ese es el mecanismo del bloqueo, que está pasando hoy en día. (Zemelman, 2006, P 45)

Por ello, nuestro rol en la escuela lleva aparejado un rol en la vida. No existirá ningún cambio, si no tensionamos mostrando realidades probables, primero, desde el aula. Abrir la escuela a la vida, se hace menester en los tiempos actuales, en que la escuela se convierte en una institución reproductora de la ideología hegemónica y de las diferencias sociales que mantiene el actual modelo económico imperante, mostrando realidades posibles dentro de la dominación cultural que se ha impuesto. Introducir el caos a nuestra práctica es una invitación a repensar nuestro rol, para repensar la escuela y subvertirla.

Reflexiones Finales.

La escuela ha sido, desde un inicio, una institución conservadora. El orden y la homogeneidad ha sido la base de su subsistencia, debido a que los sistemas políticos hegemónicos se han aprovechado de ella, para instalar discursos e imaginarios dentro de los límites que impone la misma escuela. Así también, la escuela - al menos en el discurso - se ha adaptado a las transformaciones y exigencia de la economía tanto mundial como local. De esta misma forma la estandarización de las prácticas pedagógicas han ido en alza en desmedro de las condiciones laborales y pedagógicas de los mismos docentes.

La desvalorización de la pedagogía como práctica y campo de conocimiento ha dado espacio para el avance de las lógicas economizantes de la educación, sobre todo al interior de las instituciones escolares. Por ello mismo, la visualización del rol de la escuela al interior del mundo globalizado invita a los docentes a tomar un rol político al interior de ella misma. Esto es pensar y repensar sus prácticas e intenciones educativas para con los sujetos educandos.

La invitación que se hace a lo largo de este artículo es a visualizar la escuela, el rol político de ella, y tomar posicionamiento respecto a nuestro quehacer como docentes. En este sentido, la invitación es a pensar en una pedagogía para la reproducción o para transformación social. Si se opta por la segunda, es tiempo de reflexionar sobre nuestro quehacer y buscar diversas estrategias para que los estudiantes creen y recreen ideas de mundo.

Bibliografía.

- Calvo, C. (2014). *Del mapa escolar al territorio educativo* . La Serena , Chile : Universidad de la Serena .
- Freire, P. (1971). *La Educación como Práctica de la Libertad*. Montevideo , Uruguay : Tierra Nueva
- Lopez, R. (1999). *La creatividad*. Santiago, Chile: Universitaria .
- Morin, E. (2007). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona , España: Gedisa.
- Quintar, E. (2008). *Didáctica no parametral* . Mexico D.F , Mexico : IPECAL.
- Torres, R. M. (2005). *12 tesis para el cambio educativo*. Entreculturas .
- Vasconi, T. A. (1967). *Educación y cambio social*. Santiago de Chile: Departamento de Publicaciones del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile.
- Zemelman, H. (2006). *El conocimiento como desafío posible*. Mexico D. F., Mexico: IPECAL.